

El espíritu privado

y el espíritu Católico

CARTA PASTORAL

QUE CON OCASIÓN DEL

STO. TIEMPO DE CUARESMA

DIRIGE

Á SUS DIOCESANOS

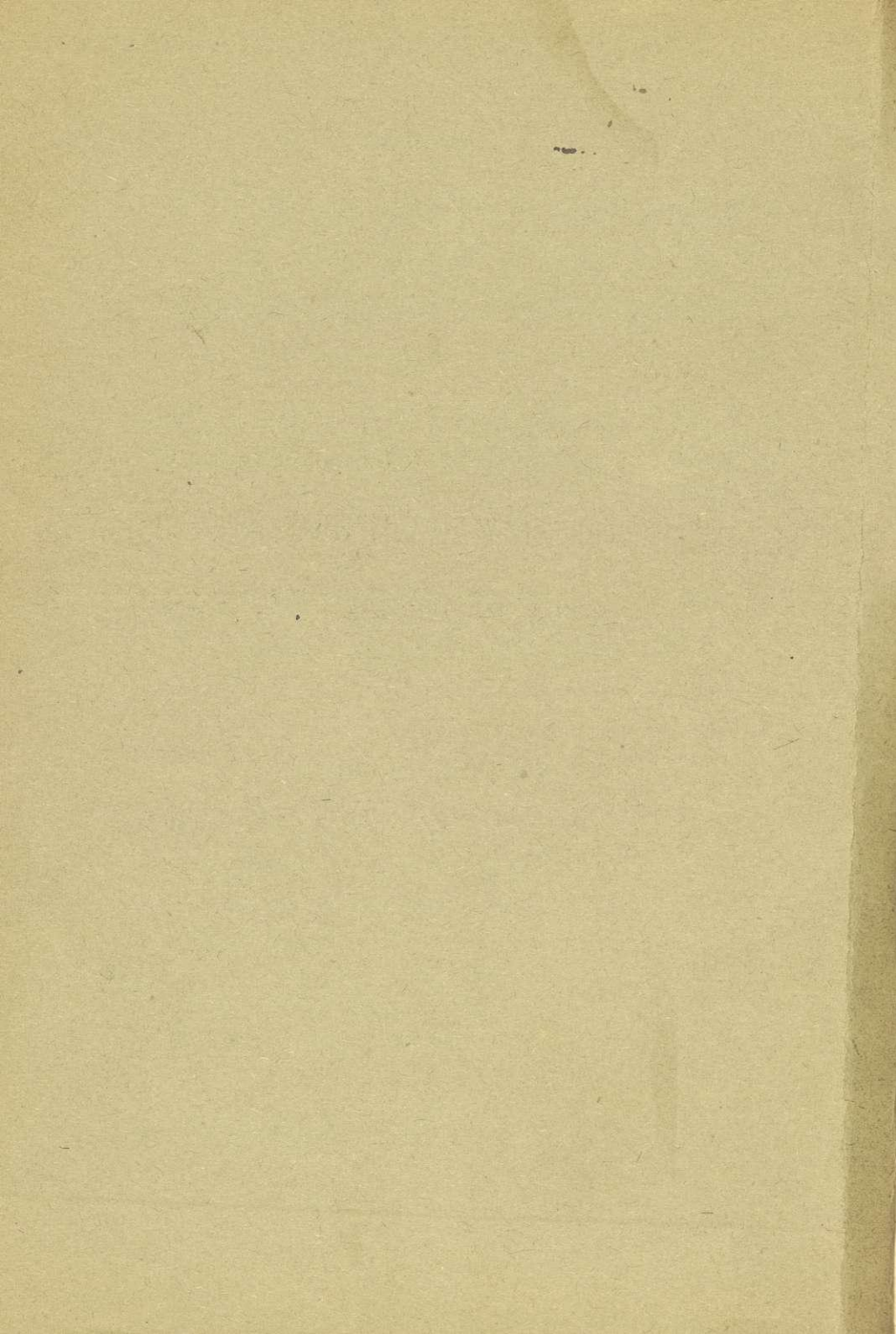
EL EXCMO. É ILMO. SR.

DR. D. JUAN MUÑOZ HERRERA,

OBISPO DE MÁLAGA



MÁLAGA  
TIPOGRAFÍA DE ARTURO GILBERT  
1899





EL ESPÍRITU PRIVADO Y EL ESPÍRITU CATÓLICO  

---

CARTA PASTORAL

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
- GRANADA -	
Sala	C
Estante	115
Número	59 (F)





El espíritu privado

— y el espíritu Católico

CARTA PASTORAL

QUE CON OCASIÓN DEL

STO. TIEMPO DE CUARESMA

DIRIGE

Á SUS DIOCESANOS

EL EXCMO. É ILMO. SR.

DR. D. JUAN MUÑOZ FERRERA,

OBISPO DE MÁLAGA



MÁLAGA  
TIPOGRAFÍA DE ARTURO GILBERT  
1899





J. M. J.

NOS EL DOCTOR DON JUAN MUÑOZ HERRERA,  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA STA. SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE MÁLAGA, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTI-  
DAD, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ÓRDEN AMERI-  
CANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CAPELLÁN DE HONOR Y  
PREDICADOR DE S. M., SENADOR DEL REINO, ETC., ETC.

*A nuestro Venerable Clero y amados Fieles;  
Salud y bendición en Ntro. Señor Jesucristo.*

Salvabo Gregem meum, et non erit in rapinam:  
judicabo inter pecus et pecus.

Salvaré mi Grey, y no será expuesta á la presa:  
juzgaré entre ganado y ganado.

*(Eseq. XXXIV. 22.)*

## I

Aproximándose, Amados Hijos Nuestros, la Santa Cuaresma, sentimos la necesidad de dirigiros nuestra voz paternal, exhortándoos á no recibir en vano la gracia del Señor, que durante este santo tiempo nos llama con mayor empeño á la penitencia, á la oración, y á la salvación de nuestras almas.

Sí: á nombre de Dios, su Iglesia santa dirige



tiernos llamamientos á sus hijos, para que en estos días de salud, haciendo como una pausa en la breve carrera de la vida, se recojan dentro de sí mismos, examinen el camino andado, vean cómo le recorrieron con relación á su destino eterno: qué adelantos han hecho, ó qué quebrantos han sufrido: y mirando hácia adelante, y considerando la brevedad de la vida, y la eternidad que les aguarda, emprendan con nuevos bríos la reforma de sus costumbres, y se apresten á más decidida, más vigorosa y más constante lucha con los enemigos de su eterna salvación.

A defender la Grey encomendada nos llaman con estricto deber, la santidad del cargo cometido, la confianza depositada por los mismos fieles y la astucia tan tenáz como constante del enemigo, que acecha el extravío de la oveja confiada, ó espía con ávido celo el descuido y soñolencia del Pastor. A defender la Grey encomendada, nos llama desde lo alto la voz del Pastor Supremo. ¡Oh! ya el Altísimo dirigía estas encomiendas á los Profetas de la Grey de las figuras, y sus fuertes increpaciones símbolo fueron de las amonestaciones, que nos urgen y estrechan á nuestras enseñanzas y nuestro apostolado. «Aullad, Pastores, repetía con ahinco el Profeta de los Threnos <sup>(1)</sup>; clamad y polvoreaos de ceniza, mayores de la Grey.» «Profetiza, dijo un día el Señor á Eze-

---

(1) Jer. XXV. 34.

quiel <sup>(1)</sup>, viendo á su pueblo, á su amada Grey, en las amarguras de la cautividad, profetiza de los Pastores de Israel, y diles, esto dice el Señor: ¡Ay de vosotros si no fortificais lo flaco y no sanais lo enfermo: si no atais lo que está quebrado, y no tornais lo descarriado, y no buskais lo perdido.» Incredación tan enérgica nos llega al alma, amados hijos nuestros, y aquí nos teneis repitiendo, en descargo de obligación sacratísima, la palabra con que os saludamos, que es la misma que el gran Ezequiel <sup>(2)</sup>, el Sacerdote Profeta, dirigía á su pueblo en las amarguras de Babilonia: «Salvaré mi Grey, y no será expuesta á la presa: juzgaré entre ganado y ganado.» Sí, que esas palabras nos sugiere el grave y actualísimo asunto sobre el que nos proponemos hoy dirigiros nuestros acentos pastorales.

Hay un principio, que ejerciendo su dañada influencia en almas y en corazones, siembra entre nosotros los gérmenes de una división profunda: división que produce en mayor ó menor escala la existencia de esas dos grandes agrupaciones, de esos dos grandes bandos, de esos dos grandes rebaños; de esas dos agrupaciones á quienes informa diverso impulso, de esos dos grandes bandos, á quienes dirige diverso gefe, de esos dos grandes rebaños á quienes apacienta diverso pastor. Ese principio es el que siempre produjo, y hoy man-

---

(1) XXXIV. 1 y siguientes.

(2) Loc. cit.



tiene con bélico ardor entre nosotros el *espíritu privado*, que irguiéndose atrevido, frente por frente, al *espíritu católico*, promueve esos encontrados impulsos, agita esos encontrados bandos, separa á los pueblos en esos dos encontrados rebaños. A defender vengo al mío, exclamaremos con el Profeta, á juzgar entre rebaño y rebaño: á deciros algo relativamente á esta tésis de tanto interés como actualidad: EL ESPÍRITU PRIVADO Y EL ESPÍRITU CATÓLICO.

En diversos órdenes intenta ejercer sus prestigios el espíritu privado, y obtiene sus triunfos el espíritu católico: ya en su cuna, mecida en Alemania, produce el primero trastornos fundamentales en el *orden religioso*: ostenta sus prematuros desarrollos, llevando la revolución al tranquilo *orden intelectual*; y la actividad de sus viriles esfuerzos, y la fatal descendencia que nos deja despues de los agitados periodos de su historia, son el vilipendio del *orden moral*, y los trastornos amargos *del social*. Por fortuna, ante los embates del Protestantismo, y las pretendidas conquistas de su infame progenie el Racionalismo, el Positivismo y el Liberalismo, aparece siempre el espíritu católico sugetando sus fatales empujes, y siendo el elemento restaurador de esos cuatro órdenes, principios fundamentales de la humana sociedad.

Amados hijos, si en este momento, en vez de



dirigiros una carta, os predicáramos una homilía, bien podríamos hacerla sobre el brillante pasage bíblico que se registra en las célebres visiones de Zacarías<sup>(1)</sup>. Había descrito el Profeta la persecución y opresiones con que Babilonia abrumaba al pueblo de Israel, figura de las que la Iglesia había de sufrir por parte de sus enemigos, y, como presagiando los triunfos de ésta, trasportado con profética visión, exclama: «Y me volví, y alcé mis ojos, y miré: y hé aquí »cuatro carrozas de triunfadores, que salían de »entre dos montes: en la primera carroza había »caballos rojos, en la segunda caballos negros: »y en la tercera carroza había caballos blancos, y »en la cuarta caballos manchados y fuertes. Y dije »al Angel que hablaba conmigo: ¿Qué cosas son »estas, Señor mío? Y respondió el Angel y me »dijo: estos son los cuatro vientos, los cuatro »*espíritus* del cielo, que salen para estar delante »del Dominador de toda la tierra» ¡Oh! ¡cuán bellas analogías podríamos encontrar entre estas cuatro carrozas triunfales, y las señaladas victorias del espíritu católico sobre el espíritu privado! Mas por encantador que sea el pasage, por armónica que fantaseemos la homilía, hay que prescindir de los halagos oratorios, y que ceñirse á las dimensiones y sóbria sencillez de una carta apologética.

---

(1) Cap. VI.



## II

En el orden de ideas que intentamos desenvolver respecto á la lucha del espíritu privado contra el espíritu católico, se ofrece ante todo á nuestra vista el *Protestantismo*, ya porque éste es la verdadera encarnación del primero en la época contemporánea, ya porque á la vez es la suma de los trastornos producidos por el mismo en el orden religioso, ya porque tambien es nuestro propósito hacer llamamiento á nuestro pueblo fiel, sobre ese *conjunto sin enlace, de creencias sin armonías*.

Aunque el Protestantismo fué herido de muerte en el terreno teológico-filosófico hace ya dos siglos, por el inmortal autor de la «Historia de las variaciones,» con aquel terrible y contundente entimema: *tú varias; luego tú no eres la verdad*: y por más que en el terreno crítico-histórico tambien le dió el golpe de gracia, casi en nuestros días, el esclarecido cuanto malogrado Balmes, haciendo ver clarísimamente, con documentos fehacientes é irrecusables datos, los frutos amargos para la sociedad, para la moral y aún para las ciencias, producidos por el árbol funesto de la mal llamada Reforma; á pesar de todo, no quiere darse por vencido, y desacreditado ya en su



tierra nativa, hace esfuerzos supremos para introducirse en nuestro suelo. ¡Ay! y los vemos: frente por frente de nosotros están, amparados por leyes que hacen brotar de nuestro pecho pastoral la amargura, la indignación y la protesta; colocan iglesia frente á iglesia, cátedra frente á cátedra, y, lo que más nos traspasa el alma, escuela frente á escuela: y esto no ya aquí solamente en la Ciudad Episcopal, en donde al fin, el cotejo de instituciones resulta desfavorable á las sectas, y los mayores elementos de ilustración, y más poderosos atractivos á la piedad, pueden servir de obstáculo á la propaganda impía, sino hasta en pueblos de reducido vecindario, en donde los peligros son mayores, por ser más próximos, y las defensas menos eficaces, por ser más faltas de medios. ¡Oh! ¡cómo callar este afligido Pontifice, si vé que á sus fieles se les pretende separar de los dulces y anchurosos caminos de Sión, para llevarlos por las ocultas y tortuosas sendas que conducen á las maldecidas alturas de Garizim! ¡Cómo callar el Padre solícito de esta espiritual familia, si vé que á sus hijos se les aparta de las escuelas de la verdad, para que asistan á los Gimnasios y Efebias de los incircuncisos! ¡Oh, no! ¡Callar, nunca! ¡Tan criminal sería este silencio, como el del padre que viera sin replicar la ruina y perdición del hijo querido: ó del esposo que presenciara tranquilo la profanación del tálamo conyugal!





El espíritu privado, pues, ha realizado por medio del Protestantismo el más completo trastorno en el orden religioso. El libre exámen, la libertad de pensar, la admisión de la Biblia, entendida ó interpretada por el espíritu privado de cada uno; hé aquí el dogma fundamental del Protestantismo. Persuadidos estamos que basta á vuestro sentido práctico haberos enunciado esta base de todo el sistema protestante, para que os convenzais plenamente de que sobre tan movable cimiento imposible es edificar cosa sólida. Él está en pugna con la noción íntima de todo orden religioso, sea cualquiera el rito ó asociación bajo la cual aquél deba constituirse. Para la constitución y conservación de una sociedad cualquiera, de toda agrupación de hombres, por rudimentaria que sea, necesitanse indispensablemente lazos que unan entre sí á los individuos que la componen, y cuanto más fuertes fueren estos vínculos, tanta mayor fuerza y cohesión tendrá la sociedad constituida: prescindid de estas mútuas relaciones, de esta dependencia y subordinación de unos miembros con respecto á otros, y por necesidad, anulada ha de resultar tambien y sin fuerza alguna, y del todo disuelta la agrupación establecida ó que se pretenda establecer. Esto es precisamente lo que han hecho las sectas disidentes al separarse de la unidad de fé y de los vínculos sagrados de la caridad, que constituyen la fuerza indisputable de la Iglesia Católica. El principio fundamental

del Protestantismo es, por lo tanto, esencialmente anárquico y disolvente, pues permite á cada particular creer lo que mejor le parezca, y obrar en conformidad con esta creencia.

No: no es posible, con estos disolventes principios, ni un remedo, ni un esbozo siquiera de verdadera sociedad religiosa. Así es, que ya en vida del propio Lutero, contábanse *treinta ramas* del Protestantismo, cada una con su *credo* propio: y hace pocos años, el Abate Gaume <sup>(1)</sup> enumeró con sus propios nombres, en sola la ciudad de Lóndres y sus inmediaciones, hasta *ciento diez sectas*, cada una con su profesión de fé distinta, y con prácticas hasta diametralmente contrarias, sacando este dato tan elocuente de una obra inglesa titulada: *Guía con objeto de alcanzar la verdad y la felicidad*, página 85. ¡Bonita página para añadida á las inmortales de la *Historia de las Variaciones!*

De este principio tan elástico del libre exámen y del espíritu privado, resultó lo que no podía menos de resultar, que uno tras otro han venido negando los reformadores protestantes, los dogmas todos enseñados por Cristo, y confiados al depósito de su Iglesia santa. Y puestos á reformar, no se han contentado con cortar las ramas magestuosas del árbol de las creencias, sino que han aplicado á la raiz del mismo su desatentada

---

(1) *Catecismo de Perseverancia.*



segúr: no les pareció bastante reformar los dogmas y prácticas de la Iglesia Romana, y han pretendido, finalmente, reformar tambien á su mismo divino fundador, convirtiendo á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, en un simple filósofo, ni más ni menos que lo fueran Sócrates, Séneca ó Platón. ¡Y todavía tienen la audacia y ridícula pretensión de llamarse *cristianos* los que de tal manera reniegan de Cristo y de su divinidad!

¿Y qué hemos de decir, despues de un exámen imparcial, sobre lo que haya sido la obra del Protestantismo en pró de la virtud, y en órden á la perfección moral de los hombres? ¿Qué podían éstas esperar de una doctrina que desconoce la ley á que los hombres han de estar sometidos, y les quita por otra parte la libertad de albedrío? Bajo las influencias del Protestantismo se podrán, sin duda, ejercitar algunas virtudes; pero no por razones sólidas, sino por mero respeto á la opinión pública. Aun ésta misma, á la que más en rigor llamaríamos *conciencia pública*, ¿quién la forma más adecuadamente, quién la sostiene más eficazmente sino el espíritu y la Iglesia Católica con sus doctrinas purísimas, con la autoridad de su predicación uniforme, con la organización de su ministerio, con los avisos y documentos de sus Apóstoles, con los ejemplos de sus Santos? ¡Oh! la religión, cuyo símbolo se encierra en estas palabras: *cree lo que te parece cierto*: y cuyo decálogo en estas otras: *obra lo que te parezca*



*bueno*: acaba con toda regla y criterio común en el orden religioso y moral.

Ved, pues, amados hijos nuestros, pensando sin prejuicios, discutiendo con serenidad y hablando sin insultos ni recriminaciones, lo que realmente es la secta á que con tanto empeño se quiere dar carta de naturaleza entre nosotros. Bien lo véis, es un sistema sin valor científico y sin poder religioso: hasta le vá faltando, ya hoy en todas partes, aquel entusiasmo que le sostuvo en otro tiempo: tras él ván hoy principalmente aquellos hombres faltos de religión y de disciplina; pero que todavía no son osados á declararse francamente impíos.

### III

Hijo legítimo de la *Reforma* es el *Racionalismo*. El sistema protestante, ideado por sus autores para halagar las pasiones, y sublevar tanto á los individuos como á los pueblos contra la autoridad de la Iglesia, había de manifestarse algún día claramente bajo la odiosa forma de la impiedad: escapóse esto ciertamente á la previsión de sus fundadores: no se presentaron ellos como apóstoles de una religión nueva, sino como reformadores de la antigua, cuya pureza intentaban

restablecer, extirpando aquellas supersticiones con que, según ellos, había la Iglesia adulterado la verdad. Su programa anunciaba la más genuina interpretación de las Sagradas Letras; la más recta enseñanza y la más pura práctica de la moral cristiana; la más desapasionada restauración de las ideas de justicia y de derecho: tales eran sus promesas: sabido es, amados hijos nuestros, que espléndidas son siempre las promesas, y altisonantes los programas, de aquellos que intentan escalar poderes ó derrumbar instituciones.

Pero ¡pobres reformadores! obcecados por su orgulloso afán, no comprendieron la palmaria contradicción en que incurrieron; trataban de conservar una religión positiva, que toda ella es autoridad y tradición, y, sin embargo, querían hacerlo por la virtud misma del principio que la destruye, que es el libre exámen. ¡Oh! ¡desgraciados! no vieron el término á donde había de conducir, más ó menos tarde, el espíritu privado que proclamaban. Y aquella contradicción se manifestó bien pronto: y entre las nieblas de aquella funesta ceguedad viéronse las ideas, sorprendidas y asombradas, por las consecuencias que la lógica del racionalismo supo deducir de las premisas protestantes. En vano procuraron algunos de ellos contener el desenvolvimiento de sus propios principios: la ciencia, aun cuando extrañada, tiene sus procesos indeclinables. En vano formaron nuevos *simbolos* y colocaron nuevas



*confesiones de fé* bajo el amparo de los Príncipes: el racionalismo no toleraba ya tales ficciones, y rechazó con desdén manifiesto y deducción inexorable estos mentidos expedientes de la incredulidad arrepentida. El mundo intelectual, entonces, aprendió que el Protestantismo se fundaba en un principio francamente racionalista, y las ideas para ser lógicas comenzaron á renunciar al orden sobrenatural: una crítica excéptica informó la exégesis bíblica, y desnudos los milagros y las profecías de su valor divino, faltaba tan sólida base á las creencias; y la viviente estatua de la fé caía mutilada y aun yacía vergonzosamente prostrada ante las ideas de cada hombre, bien así como amanecía el ídolo Dagón <sup>(1)</sup> en el templo de los Filisteos.

La Iglesia Católica vió, pues, delante de sí un nuevo y encarnizado enemigo, que comenzó á combatirla con no menos furor del que había poseido á la *Reforma* en el siglo xvi: enemigo que, cuadrándose frente por frente del espíritu católico, padre y generador de la verdad, pronuncia altanero aquella palabra que sintetiza la revolución intelectual provocada por el espíritu privado: ¡*los derechos de la razón!* ¡Oh! este es el hijo pródigo que pide á su padre la porción de sustancia que le pertenece; y que, separándose

---

(1) 1. Reg. V.



de las saludables influencias de la casa paterna, de la Iglesia Católica, marcha desatentado á regiones lejanas, en donde disipa sus propias energías, entre los aplausos del error y las bacanales de la liviandad.

¡Los derechos de la razón! Hé aquí la frase ampulosa que entusiasma, que enloquece á nuestro periodo. Y bien, ¿qué quereis que se conceda á la razón? ¿Quereis que sus lucubraciones y sus triunfos, sean completos en todos los órdenes intelectivos? ¿que de todos los rayos esparcidos en el mundo material y en el mundo inteligible, se forme un gran foco de luz, que llamemos la ciencia del hombre ó la filosofía humana? ¡Ah! La razón, segura de sus conquistas, al verse inundada de su propia claridad, parece exclamar en la embriaguez de su triunfo: ¡me basto á mí misma! Pero ¡ay! que la sabiduría humana está siempre limitada por alguna parte; esa filosofía natural, exclamaba Fenelón, que podría llegar hasta el último límite de la razón puramente humana, es *una novela de la filosofía*. ¿Conoceis á Dios en todos sus esplendores, y al hombre en todas sus facultades? ¿Habeis fijado sobre sólidas bases las columnas de Hércules en el campo de las realidades? Entonces, ¿por qué vuestra filosofía es la duda; vuestra ciencia el excepticismo? La razón humana, por más que haga, tiene su medida propia, y no puede sobrepujarse á sí misma: el que camina sólo por su razón, se des-

lumbra fácilmente por sus propias visiones, y entre los vértigos de su pensamiento personal, se crea una grandeza ficticia, que equivocadamente toma por el progreso de su inteligencia.

#### IV

Tras los desastres ocasionados por el espíritu privado en el orden de las ideas, aparecen en lógica sucesión los promovidos por el mismo en el *orden de las costumbres*: despues del racionalismo, era lo más natural la aparición del *positivismo*, nueva forma que han tomado en nuestros días las doctrinas materialistas. Quien estudie, siquiera sea á grandes rasgos, los desenvolvimientos de la extraviada ciencia moderna, no puede ignorar que el positivismo es hoy cultivado en las escuelas de Alemania, Inglaterra, y principalmente en Francia; y cierto con tan ciega adhesión, y tan orgulloso menosprecio de la filosofía espiritualista y cristiana, que es para espantar á todo ánimo verdaderamente honesto y católico.

Es, á la verdad, sorprendente é increíble, que aquellas mismas doctrinas, que aun antes de la venida de Cristo ya reputaron por delirios Platón y Aristóteles: que aquel abyecto materialismo de Demócrito y Epicuro, á quien puso silencio la



razón filosófica durante largos y dichosos siglos de cristianismo, renazca hoy con nuevo vigor, en el seno de la civilización europea. ¡A esto ha venido á parar la soberbia del espíritu privado! ¡á hacernos retroceder á las mismas edades paganas! Hay, en verdad, diferencias de escuela entre los antiguos materialistas y los modernos positivistas; pero siempre nos resulta una fatal convergencia en ambos sistemas, tristemente trastornadora en nuestros días de todo el orden moral. Porque ese explicar todas las cosas del mundo exterior y de la vida humana, por medio de la fuerza que consideran esencial á la materia, excluyendo la acción divina y la anímica, es suprimir la idea del verdadero Dios, el concepto de la libertad de albedrío y la noción de toda moral y justicia; idea, concepto y noción, que no vienen á ser ya otra cosa que movimientos del organismo físico y combinaciones que varían con las circunstancias de las personas, de los lugares y de los tiempos. «No conocen estos filósofos, exclamaba »el gran Pontífice Pío IX <sup>(1)</sup>, otras fuerzas que »la que reside en la materia, y ponen toda la »moral y honestidad en acumular y aumentar de »todos modos las riquezas, y en satisfacer todo »género de malas pasiones. Con estos vergon- »zosos y abominables principios defienden, fomen- »tan y ensalzan la rebelión de la carne contra

---

(1) Alocución *Máxima quidem*.

»el espíritu, le atribuyen dotes y derechos naturales, que dicen ser conculcados por la doctrina católica, menospreciando de todo punto aquel »aviso del Apóstol.» <sup>(1)</sup> «Si viviéreis según la »carne, moriréis; pero si mortificáis la carne con »el espíritu, viviréis.»

Ante tan extraviada dirección del orden moral, ¿qué extraño puede ser el espectáculo que á cada paso ofrece la intuición desconsoladora de los desórdenes de las costumbres públicas y privadas de nuestra época? ¡Él es el triste resultado de los devaneos de la razón orgullosa y del espíritu privado! La concupiscencia ha tomado posesión de los pueblos, y dando rienda suelta en el mundo á las grandes pasiones que la constituyen, ha oscurecido la atmósfera con su hálito emponzoñado; el fuego de la concupiscencia ha caído por todos lados: *supercecidit ignis* <sup>(2)</sup>. Por doquiera se levanta un humo espesísimo que oscurece el cielo; el sol de la verdad ha desaparecido: *Non viderunt solem*; sólo queda la noche, noche borrascosa en que apenas se divisan salvadoras estrellas. Ello es claro: la filosofía sensualista ha propuesto al hombre y á la sociedad como fin supremo, el deleite material, y conforme á las máximas de esta sabiduría carnal y diabólica, aparece el que hasta el oficio de los que rigen la república no ha

---

(1) Ad Rom. c. 8, v. 13.

(2) Ps. LVII





de cifrarse en el cumplimiento del orden moral, sino en procurar á los asociados comodidades y placeres, que respondan á esa excitación constante del deseo de gozar, de satisfacer necesidades ficticias, y de dar rienda suelta á las aspiraciones puramente útiles y deleitables para los sentidos.

La consecuencia, pues, del descreimiento es, bien lo vemos, una espantosa corrupción de costumbres, una inmoralidad asfixiante, una universal marea de lujo, de codicia, de sensualidad, que parece que vá á anegar lo todo. ¿No véis al hombre que abre su corazón á todas las simpatías que le prometan, siquiera por una hora, la embriaguez del placer?; que abre sus sentidos á todo contacto que le brinde con el deleite de la sensación?; que abre su imaginación á todo ensueño que le presente más allá de las realidades que toca, delicias y goces con que puebla, para alimentarse con ellos, todo un mundo ideal? Y para encontrar á la vez todos esos goces, todas esas imágenes y esas conmociones todas, tras las cuales corre su pasión de sentir, ¿no véis cuál vuela, cuál se precipita de festín en festín, de espectáculo en espectáculo, de deleite en deleite?

¿Qué decir de esa novela cuyo ideal, según la brillante expresión de un apologista de nuestra época<sup>(1)</sup>, no es más que *una carne poetizada*? ¿Qué decir de nuestro teatro al que, sólo por antífrasis,

---

(1) P. Félix Conf.ª 3.ª de 1857.

podríamos llamar hoy la *escuela de las costumbres*; y á cuyas representaciones, muchas de ellas prohibidas por autoridad legítima, y á cuyos bailes inmundos, no pueden de ordinario asistir sin rubor las personas honradas? ¿Qué decir de esas modas indecorosas, que arrastran de día en día todo lo que había de típico y de honesto en los trajes, recuerdo de las castizas Señoras Españolas: de esas modas cuyo afán de detalles y de delineadas exhibiciones, hacen que un concurso honesto, una visita familiar, un paseo de recreo, y aun el solo tránsito por una calle animada, venga á revestir los caracteres de una verdadera tentación? Ahí teneis representados tipos de la inmunda progenie del moderno positivismo.

## V

Hemos llegado, Amados Hijos Nuestros, á la postrera y acaso más importante parte de nuestro trabajo pastoral, á la última deducción del *espíritu privado* que, siguiendo el plan propuesto, nos tocaba estudiar y desenvolver, porque la ilación no tiene réplica; este principio de individual independencia, trastornando la fé, promueve la revolución religiosa: sublevando la razón, promueve la revolución en el órden intelectual: manchando las



costumbres, promueve la revolución en el órden moral; y perturbando la sociedad, promueve la revolución en el órden social. Esta revolución perturbadora, fruto natural del espíritu privado, es la que denominaremos el *naturalismo político*, y si no os molesta, el *liberalismo*; porque realmente este nombre, sancionado ya por las definiciones de la Iglesia, y cuyo alcance quedó ya aceptado en las serenas discusiones de las escuelas sociológicas, no es para producir enconos, ni para alarmar ni escitar protestas.

Mas la índole paternal, y por tanto pacífica, de nuestro santo Ministerio y de nuestros escritos, reclama una ligera advertencia: al hablar aquí de lo que en fuerza de nuestra obligación no debemos callar, declaramos que no queremos, ni podemos querer de modo alguno herir susceptibilidad ninguna; antes bien, conforme á lo que piden nuestro sagrado carácter y los deberes del Ministerio Episcopal, de que no queremos olvidarnos ni un solo instante, huiremos del influjo de las pasiones políticas que se agitan en nuestros días, á modo de Oceano movido de tempestad, y que suelen poner en gran riesgo de naufragio, el conocimiento de la verdad y la práctica de la vida cristiana: conste que prescindimos de opiniones, formas, poderes, y personas políticas; dejando, sin embargo, á quienes les corresponde y obliga, sacar las deducciones de los principios que sentaremos.

Nuestro inmortal Pontífice León XIII, en varios de sus documentos de imperecedera memoria, pero especialmente en las Encíclicas: *Immortale Dei* y *Libertas*, ha expuesto maravillosamente la noción de la verdadera libertad humana, y de su abuso por parte del hombre: abuso que, relacionado en el orden social, produce un *conjunto de ideas falsas y de hechos criminales*, consecuencia práctica de ellas, y recibe el nombre de liberalismo <sup>(1)</sup>. En efecto, la libertad, con ser tan bella, tan amable y tan ensalzada por el catolicismo, todavía, residiendo como reside en un sér tan frágil como es el hombre, está sujeta á graves abusos y extravíos: por eso necesita de una regla que la proteja y defienda: esta no puede ser la sola razón humana que, aunque luz nobilísima, es sin embargo, finita y defectible: necesita, por consiguiente, del auxilio de la razón divina, que se ha comunicado á los hombres, por medio de la Revelación. Solo la Iglesia de Cristo, á quien se ha confiado tan gran tesoro, es la llamada á prestar á la razón y á la libertad, la luz y la defensa que han de ponerla á salvo del error y de las pasiones: siendo únicamente la Iglesia la llamada á emplear los medios morales que el Salvador ha puesto en sus sagradas manos, para librar la libertad del error y de las pasiones. Lo mismo que en filosofía <sup>(2)</sup>, dice el sábio Pontífice, preten-

---

(1) Sardá y Salvany. *El Liberalismo es pecado.*

(2) Encíclica *Libertas*.



den los *naturalistas* ó *racionalistas*, pretenden en la moral y en la política los doctores del *liberalismo*, que no hacen sino aplicar á las costumbres y acciones de la vida, los principios sentados por los naturalistas. Ahora bien: así como lo principal de todo el naturalismo, es la soberanía de la razón humana, que negando á la divina la obediencia debida, se declara á sí propia fuente y juez de la verdad; así tambien esos sectarios de que hablamos pretenden que en el ejercicio de la vida, ninguna potestad divina hay á que obedecer, sino que cada uno es ley para sí: de donde nace que apartando la voluntad, bajo pretexto de libertad, de la observancia de los preceptos divinos, suele conceder al hombre una licencia sin límites.

Debiendo reducir un tanto los límites de esta nuestra Carta, nos concretaremos á haceros tres advertencias, en orden á tres principales tendencias de nuestro naturalismo político, que se condensan en tres libertades de perdición, á saber: *libertad de la conciencia: libertad del pensamiento: libertad de la vida humana y social.*

## VI

Y en orden á la primera, llamada ordinariamente *libertad ó tolerancia de cultos*, no entraremos á raciocinar sobre ella, porque es obvio, y á todos se alcanza que la tal tolerancia dogmática, envuelve la negación de todo orden sobrenatural, se opone á los divinos atributos, y no se complace con los principios fundamentales de la sana filosofía. Si cualquier religión es buena, ¿qué necesidad hay de Cristo, ni de su pasión sacratísima, ni de sus Sacramentos, ni de su Iglesia? Luego, abajo el orden sobrenatural. ¿Dónde está la veracidad de Dios haciendo diversas y aun contrarias revelaciones? ¿Dónde está su santidad que se complace en la práctica de acciones de moralidad contrarias? ¿Dónde está su justicia, si ha de prestar su sanción á leyes opuestas? Luego, abajo los divinos atributos. Los partidarios, por fin, de esta exagerada libertad de conciencia, se verán precisados á sostener *la verdad simultánea de dos cosas contradictorias; y á no dar como imposible, que una cosa sea y no sea al mismo tiempo, bajo el mismo respecto:* y cuando esto hagan, díganos lo que se entienda por absurdo metafísico en su singular filosofía.



Mas, preferimos indicar, rechazando brevemente los donosos razonamientos con que nos salen al encuentro nuestros modernos libre-cultistas. «El hombre es libre, exclaman, y nadie tiene derecho á forzar su voluntad: el Estado mismo ha de respetar el derecho que tiene el individuo para creer esto ó aquello, ó para no creer nada.» ¡Es claro! todo hombre es libre, con libertad *física*, de querer una cosa ú otra, ó no querer ninguna de las dos y elegir otra. Pero en consonancia á la recta noción que más arriba hemos dado sobre la libertad, ella no constituye al hombre *independiente* de toda autoridad en órden á sus creencias religiosas: ni le confiere un pleno derecho á creer ó dejar de creer: á ser católico, protestante ó mahometano: el hombre depende de la autoridad de Dios, á quien debe rendir su entendimiento y voluntad, y de quien es exclusivamente potestativo, indicarle (como se lo ha indicado por la Revelación) el medio por el que ha de realizar aquel rendimiento. Y puesto que el Estado ó la potestad civil, según sana doctrina sociológica, está encargado de conducir la sociedad á su verdadero bien y perfección moral, que es el fin para el cual están congregados los hombres en ella; y esto no se puede conseguir sin el concurso y eficaz auxilio de la religión verdadera, con exclusión de todos los errores contrarios, es evidente la necesidad que moralmente apremia á los Gobiernos, de procurar y mantener al catoli-

cismo, en el goce y posesión de todos sus derechos, como única religión verdadera.

Afirman otros con tono magistral, «que la verdad de la religión debe resolverse por el juicio privado de cada individuo, y que el Estado debe respetar este juicio.» Este argumento es vano y falso: vano, porque el juicio subjetivo de los que abrazan el error en lugar de la verdad, no confiere al primero, derecho alguno, ni despoja á la segunda de aquella prerogativa insigne, por la cual ella, y solo ella es digna de nuestro asentimiento. Si alguno tiene la ilusión de poseer la verdad estando, sin embargo, poseído del error, ó de que obra bien ejecutando, sin embargo, acciones contrarias al orden moral, semejante ilusión, exclusivamente suya, no le dará derecho ninguno en orden á las creencias ó á las acciones de los demás: y mucho menos obligará al Estado á que le mantenga en la falsa posición de su espíritu, reconociéndole unos derechos que jamás tuvo, ni puede tener el error. Este argumento, pues, es completamente falso.

»Dios no ha dejado, dice sábiamente un Eminentísimo Purpurado español <sup>(1)</sup>, en magnífico y reciente documento, al que nos complacemos en aludir en esta parte de nuestra Carta, »las verdades de la Religión al criterio individual, »como pretenden los partidarios de la libertad y

(1) El Emmo. Sr. Cardenal Casañas, Obispo de Urgel, *Carta Pastoral sobre la Unidad de la Iglesia.*





»tolerancia de cultos, á la manera que entregó  
»el mundo á las disputas de los hombres; sino que,  
»sin forzar nuestra inteligencia y nuestra volun-  
»tad, por lo mismo que el acto de nuestra fé ha de  
»ser libre y meritorio; ha revestido de tales carac-  
»téres el hecho sobrenatural de la divina Revela-  
»ción, y ha rodeado la Iglesia de tales divinos  
»resplandores, que á nadie puede ocultarse la  
»credibilidad de la fé y la divina institución de la  
»Iglesia católica. Cierto que los misterios no son  
»en sí mismos evidentes, ni prestamos nuestro  
»asentimiento á las verdades reveladas por la  
»intrínseca evidencia inmediata ó mediata de las  
»mismas; con todo son estas para el hombre de  
»fé, evidentemente creibles.»

Por fin, oigamos á los que, ufanados por las que ellos creen ser razones de alta política, exclaman: «España como nación Católica, ha de guardar con los Estados y sectas disidentes, las consideraciones que ella reclama para sí, y por las que exigen la debida correspondencia:» además, «no debemos ser una nota disonante en el concierto universal del mundo civilizado.» Los que así exclaman, debieran tener presente, que no hay términos hábiles de comparación entre la Iglesia Católica y las sectas protestantes: entre el estado católico y el acatólico: no son iguales los derechos, ni han de ser recíprocas las atenciones, según se desprende de la sana doctrina que venimos asentando.

El que está seguro de poseer la verdad, no sufre con paciencia que se enseñe la doctrina errónea contraria: la Iglesia, pues, es consecuente con su doctrina, proclamando la intolerancia con los errores sectarios. Por opuesto camino: las sectas, apoyadas también en su propia doctrina, que constituye como regla de fé el espíritu privado, han de conceder forzosamente á sus adversarios, un criterio enteramente libre en esta materia: y ¡ojalá que la historia no nos suministrara hechos contrarios á esa supuesta lenidad y condescendencia lógica, de los estados protestantes con los católicos! Lo de *disonancia* en el concierto de las Naciones, no merece seriamente los honores de la refutación, á no ser que valga decir, que por encontrarse un hombre de bien rodeado de amigos corrompidos, haya también de extraviar sus caminos, si no ha de aparecer como nota disonante en el concierto de los pervertidos. ¡Oh amados hijos nuestros!; nuestra verdadera *disonancia* actual, es la disonancia con nuestra historia; la disonancia en que hoy resulta España, gracias á las crecientes corrupciones del liberalismo, con sus nobilísimas tradiciones y con su católico abolengo.





## VII

*¡La libertad del pensamiento! ¡La autonomía en sus manifestaciones!* hé aquí otra de las más funestas conquistas de nuestro político naturalismo: fijemos un instante la mirada de nuestra razón imparcial sobre este ídolo seductor, hácia el que convergen todas las miradas, todas las adoraciones de los espíritus fascinados por tan fatal sistema.

A la verdad, el derecho que el liberalismo atribuye á todos de manifestar y publicar toda clase de doctrinas, así de palabra como por escrito: en la cátedra lo mismo que en la prensa, supondría, en el caso de ser cierto, que el hombre es incapaz de errar cuando habla, ó al menos que la sociedad y los individuos poseen un criterio tan seguro y tan delicado, que no les permite en ningun caso prestar su asentimiento al error que se les propine; suposiciones ambas igualmente gratuitas y falsas. La verdad es precisamente lo contrario: luego se necesita una autoridad que dirija y modere esa razón falible, y ese criterio inseguro. Cuando en la sociedad reina de una parte la onmimoda libertad de hablar y de escribir, y por otra se carece ó se prescinde de una autoridad infalible, que regule esos juicios y esas

manifestaciones, poco á poco irá perdiéndose la verdad, y tras lamentables equivocaciones se caerá al fin en los inevitables abismos de la mentira.

Son muchas las causas y motivos que facilitan las caídas del espíritu humano en el error; y la noción íntima filosófico-teológica de la razón humana, robustecida con las enseñanzas de la historia de los pueblos, dán por resultado el triste convencimiento de los peligros que corren la verdad y la virtud, una vez proclamada la independencia de la razón y la autonomía de la palabra. Con gran sabiduría, pues, dijo en ocasión célebre el inmortal Pío IX <sup>(1)</sup>, que «para corromper más fácilmente las costumbres y los corazones, propagar la detestable y corruptora peste del indiferentismo, y acabar con nuestra santísima Religión, se concede á todos la plena facultad de manifestar pública y abiertamente todo linaje de opiniones y pensamientos.»

Amados hijos, sentimos un estremecimiento invencible, cuando contemplamos el estado de nuestra pobre sociedad, á merced de la libertad del pensamiento y de la autonomía de la palabra; libertad que, en el libro obsceno, en la novela infame, en la caricatura impía, en el folletín pornográfico, cada día se hace más y más propagadora de todo vicio y fomento de todo pecado;

---

(1) Alocución: *Nemo vestra.*



y cuando se representa á nuestra imaginación tan pavoroso cuadro, no podemos menos de exclamar: ¡Ay del pueblo que no se instruye en otro libro que en el periódico; ni modela su alma con otro catecismo que la novela! Y para concluir con este punto, no podemos resistir al deseo de terminarlo, repitiendo dos párrafos de la Pastoral que, con idéntica ocasión á la presente, os dirigimos en el año anterior.

Las muchedumbres, en efecto, — os decíamos y os repetimos, — han perdido el temor de Dios, y viven embrutecidas ó desesperadas, y mueren como si fueran ajenas á la excelencia de criaturas racionales. ¿Quién de vosotros no ha presenciado el cuadro de esos matrimonios brutales, de esos hijos, oprobio de sus padres, de esa vida infeliz y llena de escándalos á que se sigue ordinariamente una muerte tristísima y pavorosa? ¿Quién no se ha encontrado en el lecho de muerte con tantos y tantos infelices, que si aún conservaban un resto de existencia, no tenían la menor idea de sus deberes, de su responsabilidad, de la misericordia infinita de Jesucristo, y de la muerte que les aguardaba, cuando momentos despues se convirtiese para ellos en Juez terrible, cuyos fallos son definitivos? Pues lo hemos examinado de cerca: la inmensa mayoría de esas víctimas, son víctimas de publicaciones libres de todo freno, ley, censura y moral, que les confirmaron en sus dudas contra la fé, les hablaron otro lenguaje distinto del que

aprendieron en el Catecismo, y les fueron acostumbrando uno y otro día, y á veces con solo la lectura de noticias hábilmente redactadas, á considerar como cosas usuales y corrientes la mala fé en los contratos, el ánsia de riquezas bien ó mal adquiridas, la repetición de los suicidios por falta de dinero, ó por no poder satisfacer pasiones insensatas, los refinamientos del lujo y de la molicie, la pérdida del decoro cristiano, el crimen del duelo como cosa no solo natural, sino propia de caballeros, el desprecio de toda ley divina y humana, como si el hombre fuera un animal perfeccionado que hubiera venido á este mundo á pasarlo lo mejor posible sin preocuparse por nada.

Dejad á un lado las muchedumbres, y observad lo que ocurre con las clases medias y elevadas: les consume un desordenado afán de placeres y dinero: supeditan todas las cosas al logro de sus propósitos, sin importárseles nada de los intereses de Jesucristo, y tienen por gentes atrasadas ó poseidas de locura á las que luchan y sufren y trabajan por algo sobrenatural, por las grandes ideas de Dios, de Jesucristo, del alma y de la eternidad, que á ellos se les imaginan cosas de otros tiempos que debían estar enterradas. ¿Sabeis, queridos hermanos y amados hijos, quién es culpable de que esto, que antes era enfermedad de unos cuantos, se haya convertido en epidemia desoladora? Ahondad un poco y lo descubriréis: detrás de ese positivismo materialista, ó de esa



elegancia y sibaritismo propios de las naciones que caminan, por justo castigo de Dios, á su ruina, está el libro, la novela, el drama que ensalzan el engaño, el divorcio, el adulterio, la mala fé, y se burlan de la piedad y de toda virtud. Las generaciones se forman con la prensa, y una prensa envenenada por la duda ó la inmoralidad, es la madre de la generación presente.

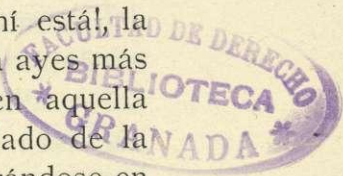
## VIII

Una palabra más, amados hijos nuestros, y terminamos: el espíritu privado, una vez encarnado en el orden político, produce un tercer y fatal desenvolvimiento, la autonomía del hombre social, ó si quereis su nombre conocido: *la secularización*.

Dicho se está que con la independencia de la razón individual no es compatible otra soberanía que la del hombre: hay que desechar toda otra, y por supuesto, la divina: mas hé aquí el conflicto, porque no siendo posible ni conforme á esta doctrina, que ningún hombre se someta á otro en concepto de tal, para obviar esta dificultad, hay que buscar un centro de fuerza, de dirección, de vida social, que no pase de la esfera del hombre mismo, y el sistema político-naturalista ha venido

á crear una cierta entidad ficticia, á la cual dá el pomposo nombre de *Estado*. Ahora bien; como en la constitución del Estado, así construido, no entra el concepto de Dios, ni el derecho ó autoridad procedente del mismo Dios, resulta forzosamente un elemento de universal secularización; porque el Estado, consecuente á la idea de su constitución, solamente respeta las otras instituciones que él crea, digámoslo así, á su imagen: y oprime, como es natural, á las que, fundándose y desarrollándose bajo la autoridad de Dios, reputa como contrarias á su poder, y á las que, por consiguiente, declara la guerra.

Y ahí teneis al Estado entrando á saco en los pacíficos recintos de la sociedad y de la familia, sobre los que la Iglesia venía tendiendo su secular y benéfica protección: y, semejante al Angel exterminador del afligido Egipto, arrasando esas primogenituras y salvadoras intervenciones, que competían y competen por derecho propio á la Religión en la más sublime vida de los pueblos. Ahí está esa secularización invasora de todos los órdenes y de todas las instituciones: ¡ahí está, la vemos, y el corazón se aterra y exhala ayes más lastimeros, que los que resonaron en aquella triste noche por todo el ámbito desolado de la ciudad de los Faraones; ahí está, arrogándose en la educación y en la enseñanza, exclusivismos que lesionan los derechos del padre, las dulces influencias de la madre y el indiscutible magiste-





rio de la Iglesia; intentando en el matrimonio una selección imposible, porque es contraria á la índole, y atentatoria á la naturaleza del mismo; una selección indigna, porque rebaja el nivel de ese acto solemne y sacratísimo, base y apoyo de la familia cristiana: despojando, en fin, al católico, aun despues de su muerte, de los amparos de su Madre la Iglesia, con esos sepelios puramente civiles que, privando á las almas de los sufragios y favores de la comunión de los Santos, profanan á la vez sus cuerpos, apenas enfriados por la muerte, y que en vida fueron *sobrenaturalizados* por las salvadoras aguas y místicas unciones de los Sacramentos.

¡Oh, amados hijos nuestros! cuando transidos de pena contemplamos estas cosas, ocurre á nuestra mente un significativo pasage bíblico <sup>(1)</sup>, con cuyo recuerdo y paráfrasis vamos, por fin, á terminar esta Carta: es el conocido pasage del nacimiento y salvación de Moisés. En él figuran como principales personajes: Faraón, intentando debilitar y destruir toda la virilidad del pueblo escogido del Señor: el infante Moisés, sobrenadando en las aguas del Nilo, de ese río, hijo de ocultos y disputados manantiales, y que corre entre riberas pobladas de peligrosos cocodrilos; la Princesa hija de Faraón, y la afortunada madre de Moisés, que salvan y sostienen la vida de este infante

---

(1) Exod. II.

de singulares destinos. ¿Quién nos lo impide? usando de la libertad perfectamente exegetica del sentido moral y acomodaticio, podemos ver en Faraón al Estado, fruto de nuestro naturalismo político, que sosteniendo los revolucionarios principios de la secularización, é intentando debilitar y destruir con ella la espiritual virilidad del pueblo católico, exclama y decreta como aquel rey impío: *Quidquid masculini sexus natum fuerit, in flumen projicite*: arrojad al río todo lo que nazca de sexo masculino: todo elemento de virilidad y poder. En Moisés y en el Nilo, podemos contemplar al cristiano que, aunque envuelto como aquel por madre cuidadosa en las defensas protectoras de la doctrina y de la moral, corre los azares de que ellas peligran, y con ellas la vida de su alma, en las corrientes y oleadas de esas aguas secularizadoras; aguas que, como las del Nilo, ni brotan de fuentes conocidas, esto es, de autoridad legítima y auténtica, y además rodean al espíritu que en ellas se vé envuelto, de las astutas fieras del error y de la corrupción. En la hija de Faraón, por último, y en la madre de Moisés, ¿quién no reconoce la autorizada y simpática intervención de la Iglesia Católica y de su sacrosanto Ministerio? ¡Oh! Ella, *la Hija del Principe*, al ver al cristiano que pelagra en las aguas de la revolución impía, con sus salvadoras iniciativas, lo libra de sus inundaciones, y, entregándolo á sus Ministros, procura los desarrollos



y mantenimientos de su vida espiritual, exclamando de continuo como la Princesa egipcia: *Accipe puerum istum, et nutri eum mihi, ego dabo tibi mercedem tuam.* Toma este infante y nútrelo, nútrelo para mí: yo te daré tu recompensa.

Ahí teneis, amados hijos, sintetizadas en esas dos exclamaciones, las encontradas tendencias del liberalismo y de la Iglesia, en orden á las instituciones de la vida social: *¡caiga al río!* dice el uno: *¡vaya con su madre!* dice la otra. Al río de la secularización vaya el infante; vaya á veces hasta sin Bautismo, ó cometiendo la sacrílega insensatéz, (sí, que se ha cometido, en tiempo no remoto y en lugar no distante) de un bautizo puramente civil; vaya á una *escuela láica*, esto es, *atea*; porque, no hay que forjarse ilusiones, el adjetivo *láica*, que en buena gramática debe ser común á toda escuela en que ni el profesor ni los alumnos son *clérigos*, en la gramática de la secularización es sinónimo de atea: creedlo, hijos míos; la palabra *láica*, no es más que la marca de fábrica; y si quereis una frase usual, aunque no castiza, la *etiqueta* con que trata de cubrirse la mercancía adulterada de las escuelas sin Dios.

¡Al río de la secularización vaya el jóven! vaya á la *universidad libre*; que en orden á corrupción de ideas y ateismo, es á la escuela *láica* lo que en el orden pedagógico, es la escuela *superior* á la escuela *elemental*. ¡Al río de la seculariza-

ción, vayan los esposos! vayan al matrimonio civil: á unirse con vínculos que no bendice Dios, que no ligan las almas, que no sancionan la anhelada perpetuidad del amor; con vínculos que no dignifican á la muger, que no convierten al tálamo en un lugar sagrado, que no aseguran la educación del hijo, que no valen, en fin, á sostener las bases fundamentales de la familia cristiana. ¡Al río de la secularización vaya el hombre hasta el último instante de su vida, y más allá! Sí, porque el *solidarismo*, cuyo satánico estatuto es apartar al Sacerdote del lecho del moribundo, y del ataúd que despues conduce su cadáver, es íntimamente afín del liberalismo. Sí, á ese río amargo que quita al moribundo la esperanza de otra vida; de otra vida de felicidades no completadas en esta; de láuros y recompensas debidas á la pobreza, al dolor, al trabajo, á la mortificación: á ese río que inunda en el día de la muerte con amarguras ateas la casa no cristiana, porque la negación de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma, ha roto las armonías con que la fé cristiana enlaza al que murió, con los que quedan viviendo: á ese río que conduce al cadaver (¡qué horror! ¡qué escándalo!) sin la bandera de la Cruz, que lo sepulta sin la bendición de la Iglesia, que cubre su fosa sin la oración del Sacerdote. Sí, hijos míos, ¡á ese río! y en las trastornadas corrientes de ese río, vá envolviendo de día en día nuestra vida y nuestra muerte el espíritu de secularización





del liberalismo contemporáneo: *Quidquid masculini sexus natum fuerit, in flumen projicite.*

Pero aunque temamos, no desesperemos; aunque veamos nuestra vida social, cual se vió en el Nilo la misteriosa cestilla, flotando y en peligro de ser arrastrada por la corriente sectaria de la secularización, queda todavía una mano poderosa que la detiene, que la liberta y que la nutre; es la mano de la Iglesia, de esa Reina esplendorosa que ilustra nuestra fé, de esa cariñosa Madre que purifica y sana nuestros amores. Ella, irguiéndose á las orillas de ese río, cual la Princesa de los Faraones en las márgenes del Nilo, ostenta su poder, la protectora autoridad que recibió de su Divino Fundador, y ante las voces aterradoras de la revolución, que clama: *¡In flumen projicite!* ¡al río de la secularización!; ella, con dulce palabra, habla á sus Ministros, y entregándoles lo que del Cielo había recibido, les dice como la Princesa egipcia á Jocabed: *Accipe puerum istum et nutri eum mihi:* recibid ese mundo, que yo recibí de mi Cristo, y Él á su vez había recibido de su Padre: intervenid en su vida y en las instituciones que le han de llevar á la consecución de su fin: ilustrad su fé, ordenad sus costumbres, armonizad sus relaciones.

Amados hijos, no hay que dudarle: ante las pretensiones sectarias, la Iglesia envía á sus Ministros, ostentando con el más legítimo título, los derechos de su intervención en la vida social:

*accipe puerum et nutri eum mihi.* Nutrid, les dice, las inteligencias con vuestras enseñanzas, mi Magisterio es irreplicable; es el llamado á guardar y enseñar perpétuamente las verdades tocantes á la salvación; es el mismo Magisterio del Supremo Maestro: «*Como el Padre me envió, dijo Cristo á sus discípulos* <sup>(1)</sup>, *así yo os envío: id, pues, y enseñad: enseñad á todos, grandes y pequeños, sábios é ignorantes, á todos; enseñad á todas las gentes.*» *Nutri eum mihi:* Nutrid los corazones con el amor recto: sois los llamados á ordenar á los hombres lo que han de observar con arreglo á los mandatos del Señor. *Nutri eum mihi:* Nutrid los espíritus con las inspiraciones de la verdadera honestidad y de la virtud sincera: nutridlo, en la juventud con la obediencia, en la virilidad con la pureza, y siempre y en todo tiempo con la piedad. *Nutri eum mihi:* Nutrid la familia: nutridla constituyéndola con bendiciones de gracia: ¡oh! la unión de seres elevados á un órden sobrenatural, no ha de ser la unión misma de los irracionales, ni aun siquiera la que resulta de contratos civiles y puramente humanos: nutrid la familia, dignificando el amor de los esposos, y robusteciendo con elementos divinos la autoridad de los padres, y la sumisión de los hijos. *Nutri eum mihi:* Nutrid la sociedad, desenvolviendo en ella los gérmenes saludables de una

---

(1) Math. XXVIII. 19 y 20.



política, de una economía, de un régimen según Dios. *Nutri eum mihi*: Nutrid, por fin, al hombre en las fronteras de la eternidad: nutridlo al morir con los Sacramentos: nutridlo aun después de muerto con los sufragios, corrientes imantadas de sublime atracción y misterioso amor que, partiendo del corazón de un Dios crucificado, ponen en contacto inefable las tres Iglesias redimidas con su sangre divina. *Nutri eum mihi, et dabo tibi mercedem*.

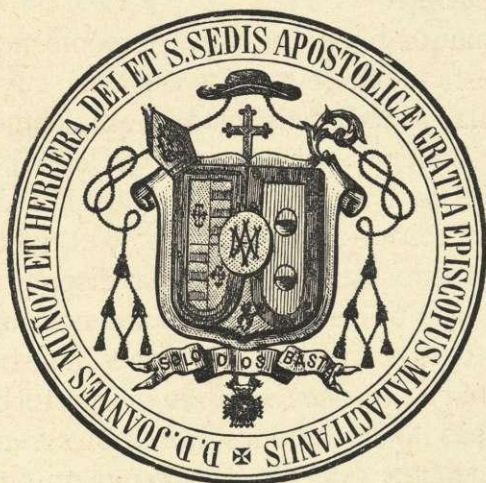
No más, amados hijos nuestros. Armémosnos nosotros para esta lucha de los dos espíritus, cuyo campo de batalla, ya lo habeis visto, es amplísimo, y en todos los órdenes: observad para ello las indicaciones que os haremos, á continuación de esta Carta, sobre lo que de nosotros exige el Santo Tiempo de Cuaresma, que se aproxima: dispongámonos al combate: que el *Protestantismo* no trastorne con sus desarmonías y divisiones nuestro orden religioso: que el *Racionalismo* no perturbe con sus nebulosas insurrecciones, la región serena de nuestras creencias: que el *Positivismo* no pervierta y vilipendie el puro y regulado concierto de nuestras costumbres: que el *Liberalismo*, en fin, no extravíe con sus desastrosas adquisiciones la paz y felicidad de nuestros pueblos.

¡Oh! que esta paz y felicidad, que disfrutemos aquí en el tiempo, sea feliz presagio de la que, unidos, gocemos en la eternidad. Esto desea ardientemente vuestro amante Prelado, que á

todos bendice en el nombre del ✠ Padre, del ✠ Hijo y del ✠ Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Málaga, festividad de la Purificación de Nuestra Señora, á dos de Febrero de mil ochocientos noventa y nueve.

✠ *Juan, Obispo de Málaga.*



*Por mandato de S. E. I. el Obispo, mi Sr.:*

*Licdo. Juan Franco Pró,*

*Canónigo, Secretario.*















FACULTAD DE DERECHO  
\* BIBLIOTECA \*  
\* GRANADA \*